

El día del Señor¹

1. En ese solemne y grandioso pórtico de la Historia de la Salvación que encontramos en los primeros capítulos del Génesis, los hombres podemos aprender muchas lecciones importantes. Entre otras, la que nos da Dios tanto sobre el trabajo como sobre el descanso. En efecto, si la descripción de la obra creadora nos muestra el imponente trabajo del Señor, un trabajo *bien hecho*, realizado con absoluta perfección; en ese texto también podemos aprender a descansar: *Bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque ese día descansó Dios de toda la obra que había realizado en la creación²*.

Estamos, ciertamente, ante un *misterioso descanso* que de ninguna manera puede interpretarse como una mera inactividad. El acto creador divino que está en la base del universo es permanente. Dios crea y conserva constantemente todas las cosas. Pero es claro que la Escritura nos quiere enseñar que Dios, al término de su admirable obra, dirige *una mirada gozosa y contemplativa* al conjunto de la creación y muy especialmente, a su vértice: el hombre y la mujer³.

Y, a la vez, nos muestra que también nosotros, sus hijos, hemos de encontrar un espacio semanal para descansar, para romper la fatiga del trabajo y elevar nuestra mente y nuestro corazón al Padre Eterno y a su Hijo Jesucristo. Lo acabamos de escuchar en la Primera lectura: *Santifica el día sábado, como el Señor, tu Dios te lo manda. Tienes seis días para trabajar y hacer tus quehaceres, pero el séptimo es día de descanso, dedicado al Señor⁴*. San Josemaría ilustra: ***Descanso significa repesar: acopiar fuerzas, ideales, planes... En pocas palabras: cambiar de ocupación para volver después –con nuevos bríos- al quehacer habitual⁵***.

2. El sentido del descanso y la oración que el pueblo de Israel vivía el sábado, entre los cristianos, desde los tiempos apostólicos se pasó al domingo. Ya que en ese día, el primero de la semana, como atestiguan todos los evangelistas, nuestro Salvador resucitó.

El acontecimiento pascual, la impresionante vuelta a la vida de Cristo, hizo que desde los primeros tiempos los discípulos, como se atestigua en diversos textos del Nuevo Testamento, se reunieran ese día para *la fracción del pan y para la oración⁶*. Por eso, precisamente, entre aquellos cristianos, el primer día de la semana se empezó a llamar el día del Señor o domingo. Enseña el Vaticano II: *El domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo⁷*.

¹ Domingo IX del tiempo ordinario, ciclo B.

² *Génesis* 2, 3.

³ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Dies Domini*, n. 11.

⁴ Primera lectura, *Deuteronomio* 5, 12.

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Surco*, 514.

⁶ *Hechos* 2, 42.

⁷ *Sacrosanctum Concilium*, n. 106.

La Pascua cristiana, la celebración de la resurrección de Cristo es, en verdad, el centro de la historia. Es como una nueva creación, una explosión de luz, comparable a aquella en la que, también el primer día de la semana, *dijo Dios: “Que exista la luz”, y la luz existió. Y vio Dios que la luz era buena*⁸. Me viene a la mente la perplejidad de los científicos de la NASA ante la impresión de la imagen de la Sábana Santa. No lo pueden explicar, pero muchos de ellos suponen que tal vez se debió a una intensísima descarga de energía...

De aquí pues, la aguda intuición que llevó a la Iglesia a cristianizar aquel día, el primero de la semana, que en el mundo antiguo se dedicaba al sol, como lo atestiguan todavía, entre otras, la lengua inglesa y alemana. San Jerónimo predicaba en el siglo IV: *“Todos los días los hizo el Señor. Hay días que pueden ser de los judíos, de los herejes o de los paganos. Pero el día del Señor, el día de la resurrección, es el día de los cristianos, es nuestro día (...). Si los paganos lo llaman día del Sol, nosotros aceptamos de buen grado esta expresión. En este día resucitó la Luz del mundo, brilló el Sol de justicia”*⁹.

3. Esto nos permite entender, con una nueva perspectiva, la importancia del precepto que nos obliga a asistir a misa entera, justamente, el domingo. Que debe ser considerado, recuerda el Catecismo, como *fiesta primordial* de la Iglesia¹⁰. Para los cristianos el domingo no es cualquier día, no es un día más. Es *el día del Señor* o, como sostenía un antiguo predicador, *el señor de los días*¹¹. Algo verdaderamente irrenunciable.

Quizás recordemos que al comienzo de su pontificado, san Juan Pablo II nos decía: *¡No teman! ¡Abran, más todavía, abran de par en par la puertas a Cristo!* Pues veinte años después, en otro hermoso texto a propósito del domingo, nos decía: *¡No tengan miedo de dar su tiempo a Cristo! Sí, abramos nuestro tiempo a Cristo para que él lo pueda iluminar y dirigir. El es quien conoce el secreto del tiempo y el secreto de la eternidad y nos entrega “su día” como un don siempre nuevo de su amor*¹².

¡Qué edificante resulta, en este sentido, el comportamiento de los primeros cristianos! ¡Cómo veneraban el domingo! En tiempos de duras persecuciones, sabían desafiar los injustos decretos imperiales. A principios del siglo IV, por ejemplo, cuando Diocleciano prohibió las asambleas cristianas con gran severidad, en Abitinia, al norte de África, unos valientes mártires prefirieron morir antes que verse privados de la Eucaristía. En el juicio respondieron a sus acusadores: *Sin temor alguno hemos celebrado la cena del Señor, porque no se puede aplazar. Es nuestra ley (...). Nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor, sin la celebración dominical*¹³.

4. Pues nosotros igual. Que vengamos a misa con ilusión y alegría. En el primer domingo de la historia, María Magdalena, *la apóstol de los apóstoles*, tras haberse

⁸ Génesis 1, 3.

⁹ Citado por F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Hablar con Dios*, 3, p. 572.

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2192.

¹¹ Pseudo Eusebio de Alejandría.

¹² SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica, *Dies Domini*, n. 7.

¹³ *Ibid.* n. 46.

encontrado con Cristo resucitado, fue en busca de los discípulos. Podemos imaginar el rostro radiante de aquella hermosa mujer cuando al abrir la puerta dijo emocionada: *¡He visto al Señor!*

A la Virgen Santísima le pedimos la gracia de salir de misa con ese contagioso entusiasmo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de junio de 2018.